

LA MUJER PARAGUAYA ¿REALIDAD O FICCION?  
EN LOS CUENTOS DE JOSEFINA PLA

ANGELES MATEO DEL PINO

Trataremos de hacer un recorrido por la cuentística de Josefina Plá que abarca desde la década del 40 al 80. Cuentos que pertenecen a diferentes épocas, y que han sido recogidos y publicados con posterioridad, respondiendo más a un criterio de unidad temática que a un orden puramente cronológico. Algunos de los cuentos forman parte de alguna trilogía, a pesar de que nunca se publicaron como tal.

Analizaremos los relatos que se han publicado en forma de libro de cuentos<sup>1</sup>, centrándonos, especialmente, en el último, editado en 1989, *La Muralla Robada*, cuya compilación abarca un lapso de más de cuarenta años. No nos hemos detenido en aquellas narraciones que han visto la luz en revistas o periódicos. Tampoco entraremos a estudiar la narrativa infantil, que como la propia autora califica, pertenece a una “fase tardía” de su producción.

Como apunta la propia autora, todos los cuentos “tienen su punto de arranque directo en la realidad de un día u otro. Inclusive los oníricos, ya que documentan sueños soñados aquí; y es absolutamente seguro que de haber vivido en otro lugar esos cuentos habrían sido diferentes. Es decir, no habrían sido...”<sup>2</sup>.

Asistimos, así, a la construcción o definición del ente femenino a través de la literatura, es lo que Josefina denomina “*autenticidad*: transparencia comunicativa y dinámica del yo con sus limitaciones, aspiraciones y tensiones”<sup>3</sup>.

Josefina Plá muestra una especial predilección por la mujer paraguaya, en su real dimensión humana y social. Una sociedad caracterizada por su patriarcalismo y aislamiento. La mujer forma parte de un sistema social, cultural y económico organizado por el hombre y dentro del cual gira. Así, el hombre se erige en árbitro del tiempo y del espacio

erótico, y la mujer adopta el papel de sumisión como el camino menos difícil para la supervivencia. La actitud femenina es lógico reflejo de la dependencia psicológica de la mujer con respecto al hombre; del temor al desamparo social, a la censura, a la marginación si expresa una opinión distinta.

En muchos de sus cuentos abunda el personaje femenino como protagonista, lo que le sirve de pretexto para manifestar las condiciones existenciales de la mujer en este país. Y aún cuando el hombre recobra el predominio como motor del relato, éste no puede entenderse sin la presencia femenina.

Es precisamente este aspecto el que ha llevado a Francisco Pérez Maricevich a declarar que el interés de esta autora “parece centrarse en el develamiento narrativo de las condiciones existenciales de la mujer en este país, denunciando en doloridas o atroces historias las silenciosas inmolaciones a las que es sometida por una sociedad éticamente desviada”<sup>4</sup>.

Este afán de descubrir y describir el espacio femenino paraguayo le lleva a estudiar y entrevistar a las mujeres, intentando esclarecer la presencia femenina en la vida paraguaya. Por ello, algunos de sus cuentos se originan a partir de confidencias de mujeres pertenecientes a distintas clases y condiciones.

Podemos caracterizar su cuentística por la utilización de la anécdota como pretexto para evidenciar el papel de la mujer paraguaya y, por extensión, la sociedad en que vive. Los relatos son la voz de una realidad que llega a Josefina Plá a través de sus vivencias, y de mucho transitar por esta patria, tras más de sesenta años de destino paraguayo.

Debemos tener en cuenta que la mujer del pueblo paraguayo comienza a hacerse oír gracias a la recreación literaria llevada a cabo por un amplio sector de los narradores nacionales, quienes, amparados en una novelística innovadora de cuño realista y crítico, desarrollarán una variada temática íntimamente ligada a la realidad del medio paraguayo. En este sentido, se abandonará progresivamente el tratamiento idealizante de la mujer, que la sustraía de su real dimensión humana y social. Siguiendo esta idea, Ramón Bordoli Dolci destaca que la mujer “presta la materia y el escritor se arma de valor y rescata de la podredumbre al desposeído denunciando los constantes atropellos de que es objeto”<sup>5</sup>.

En un intento de dar cuenta de todas y cada una de las mujeres pertenecientes a diferentes clases y condiciones que habitan el mundo cuentístico de Josefina Plá, las hemos agrupado teniendo en cuenta el papel que desempeñan, o han desempeñado, en la sociedad paraguaya. Es por ello, que hablaremos de la mujer y el *hogar*, la mujer y el

*trabajo*, la mujer en la *guerra*, la mujer y su relación con *el otro*, y por último, la mujer y el *código social*.

Las mujeres que pueblan el espacio literario de Josefina Plá suelen ser mujeres indiferentes a su propia apariencia, preocupadas más por el hambre de su alma que por el de su cuerpo. Una apariencia que desvela una larga letanía de resignación y sufrimiento, que no está acorde con la edad biológica:

“[Asunta] Tiene 28 años (por detrás parece 18; por delante 40).”<sup>6</sup>

“ Sus manos sin edad, a fuerza de jabón, estropajos, escoba, ostentan rastros de esmalte. Porque Asunta es coqueta...”<sup>7</sup>

“ El paño amarillento de sol, de mal dormir, de mal comer, y de los amaneceres sin esperanza, [...] Las ropas raídas y las uñas gastadas de animal que escarba para comer, de ella [María].”<sup>8</sup>

### 1. La mujer y el hogar

La mujer paraguaya ha sido educada para ser “cuidadora y guardiana del hogar”. Enseñada a quedarse embarazada sin protesta y a criar con paciencia. Una de las características de esta sociedad es el *marianismo* o culto a la madre. En este sentido declara Graziella Corvalán: “Nos enseñan que la maternidad es el estado de la perfección y a la que toda mujer debe aspirar y llegar por los medios que fueran y que la mujer en su calidad de madre es “*natural y lógico*” tenga que llegar al sacrificio personal por sus hijos si fuera necesario”<sup>9</sup>.

La idea del deseo de la maternidad es presentado como el único deseo femenino válido o valioso y las féminas de Josefina comparten esta creencia. Quizá el ejemplo más palpable lo encontramos en el cuento “*El Canasto de Serapio*”<sup>10</sup>. Engracia tuvo un hijo sordomudo que perdió las dos piernas en una batalla, a partir del nacimiento su vida se convertirá en un constante sacrificio al cuidado de su hijo.

“Engracia encontró un canasto, recostó el cuerpo mutilado de su hijo y se lo acomodó sobre la cabeza. Alimentaba a su hijo con maíz cuyos granos ella mascaba previamente porque el muchacho estaba demasiado débil para masticarlos.”<sup>11</sup>

“Se veía muchas veces negra para satisfacer los caprichos del hijo —camisa nueva, pantalón bien planchado, platita para

los sábados—. Pero lo hacía con placer. No tenía otra ilusión que el hijo.”<sup>12</sup>

La mujer que se nos presenta vive sometida al deseo del hombre, pero también al deseo del hijo, hecho que asume desde el momento mismo del embarazo, encontrando su afirmación en la creencia popular de que la mujer no vale nada para el hombre cuando está encinta:

[Rudé] “se hacía la chancha renga, no más, por muchas razones. Una de ellas era precisamente ésa; que estaba encinta, y cuando estaba así no aguantaba al compañero: de balde era que le dijese las comadres que entonces estaba el peligro, porque es entonces cuando el hombre se enfría y pierde la querencia. Ella no lo podía remediar”<sup>13</sup>.

El hijo se configura como el único objeto que deben desear, en este sentido apunta José Antonio Arias que este hecho “es la contrapartida de una perversión social más amplia en la distribución y el intercambio de las energías humanas: aquella que le niega a las mujeres otros objetos (en el sentido Psicológico), otras metas válidas como vías de satisfacción, que la maternidad”<sup>14</sup>.

A veces las madres intentan retener a su hijo en una relación de cautiverio presentándose ante ellos como la única mujer a la que deben amar:

“Cuando llegó su criatura, sana y robusta al parecer, se sintió contenta de no compartirlo con nadie. [...] Y así no quería nunca ver a Serapio mucho rato lejos de ella. Que se enamorara cuanto quisiera, y que embromase a la que se dejara embromar, no le importaba. Hasta es posible que hallase un cierto placer secreto cuando se enteraba de alguna hazaña del hijo. Pero que no le viese con síntomas de marcha hacia el casorio, o sucedáneo de éste, porque se ponía frenética.”<sup>15</sup>

El constante sacrificio de la maternidad nos presenta su lado más negro cuando los hechos históricos del Paraguay entran en juego. La guerra de 1865-1870 (la Gran Guerra de la Triple Alianza), la guerra civil de 1947 o las emigraciones dan como saldo un país lleno de madres solitarias:

“Ña Diltrudi...Dos hijos, muertos en el 47, muchachos. Le quedaban dos, ya viejos, pero ella no podía imaginarlos así (hacía tiempo que no los veía) sino como eran cuando se fueron a la Argentina, veinte años atrás.”<sup>16</sup>

La “guardiana del hogar” debe cuidar a sus hijos, pero también a hermanos, padres, abuelos...y no siempre con la consecuente recompensa. En el cuento “*Mascaritas*” el hermano, disfrazado, intenta robarle el dinero a Dionisia, pero ésta lo mata sin saber quien era.

“...allí, junto a dos amigos de Felipe, compís de toda la vida, cara al cielo se enfriaba despacio, el hermano más joven de Dionisia. El último de los tres en morir”<sup>17</sup>.

Otras veces las descalificaciones o las protestas por parte de padres o abuelos son la única “retribución” que reciben a toda una vida de servicio.

“...hace cuatro año no ma empecé a etar un poco viejo y ante que el patrón me eche yo me vine quedar con eta mi hija que es un poco bruja pero no le hace a uno faltar nada”<sup>18</sup>.

“Engracia trasegó con resignada melancolía [...],sin otro trabajo que pasar por alto las borrosas protestas de su vieja abuela parálitica a la cual mantenía haciendo chipa.”<sup>19</sup>

Como enunciara a principios de siglo Rafael Barrett “el hogar paraguayo es una ruina que sangra”. Las mujeres “siempre abandonadas, pacientes, ignorantes y silenciosas, siente en el fondo de su alma, [...], la necesidad de criar hombres, buenos o malos, de echar al mundo la probabilidad del triunfo”<sup>20</sup>.

## 2. La mujer y el trabajo

Nos referiremos en este apartado a aquellos trabajos que debe desempeñar la mujer, tanto dentro como fuera de su casa, y por los cuales, a veces, recibe algún tipo de remuneración. Es por ello, que trataremos de las tareas que realiza en el campo, como empleada de servicio, *mucama*, o bien como docente. De interés resulta las diversas labores que debió efectuar a partir de la guerra de 1870, puesto que, al quedar una sociedad sin hombres, la mujer deberá ejecutar las tareas que les estaban destinadas a éstos.

Las mujeres que habitan el mundo literario de Josefina pertenecen a esa clase de féminas infatigables que comparten el tiempo dedicándose a las tareas propias del hogar y a aquellas otras que les puedan aportar algún beneficio económico. Estas últimas suele ser, en la mayoría de los casos, las labores agrícolas:

[Rudé] se había derregado sobre los surcos, sembrando y carpiendo. [...] Al tiempo de recoger el algodón, fue ella otra vez la que se reventó recorriendo los surcos de abajo arriba, de arriba abajo, colgada la bolsa sobre la más que saliente barriga, sintiéndola crecer en volumen y peso hasta que no daban más, ni la bolsa ni ella; y había que vaciar la carga y comenzar otra vez”<sup>21</sup>.

Una vez recolectado el algodón las mujeres se reúnen a hilar, mientras se narran cuentos o se transmiten creencias. Estas reuniones se convierten en “rituales”, tan necesarios como lo pueda ser el respirar:

“Las mujeres suspiran y vuelven a hilar. Necesitan angustiosamente convertir en lienzo esas pocas arrobas de algodón. El algodón con tanto sufrimiento sembrado, carpido, cosechado, desmotado.”<sup>22</sup>

Durante el período de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870) el trabajo de las mujeres se verá incrementado. Así, el cuento “*Vaca Retá*” nos ofrece una galería de personajes femeninos dedicados a las más diversas tareas, desde recuperar y hacer habitables de nuevo sus ranchos y productivas sus chacras, a sembrar y carpir, poner en condiciones las viviendas deterioradas, preparar la comida diaria, pescar, internarse en el monte en busca de frutas silvestres, miel o leña, hasta, incluso, atender la capilla:

“[Había que] atender la capilla adonde durante todo ese tiempo no había venido a decirles misa un paí, porque ellos también eran difíciles de encontrar en ese tiempo: muchos habían muerto durante la guerra.”<sup>23</sup>

Otras veces, trabajan para enviar productos al ejército, con la feliz idea que, de este modo, están contribuyendo también al bienestar de hijos o de compañeros. Tal es el caso de Engracia:

“Y siguió trabajando conforme a consignas acogidas con entusiasmo, para enviar vituallas al ejército. Vendas, o calzoncillos o camisas de poyvy, o ponchos, o fruta, o chipa, o mandioca.”<sup>24</sup>

El trabajo de empleada o mucama en casa de alguna señora es otro de los trabajos remunerados. Nos encontramos, en este caso, con la

situación de la mujer que está al servicio de otra mujer. La relación que se establece entre señora y mucama queda bien definida en el cuento “Jamón cocido”:

“Para Asunta la gente sin duda se reparte en dos clases. Una, la de los que comen lo que pueden y la otra, la de los que pueden comer todo lo que quieren.”<sup>25</sup>

Pero el trabajo de empleada también se puede realizar por horas y en varias casas. Ardua tarea que consiste en limpiar, ir al mercado, cocinar, lavar, planchar, y hasta llevar a los niños a pasear. La protagonista de “El nombre de María” no puede detenerse a hablar en la calle ante el temor de llegar tarde a su trabajo:

“—Pero yo no puedo. Voy al mercado. Tengo que volver a la casa pronto —con pánico—. No puedo tardar. tengo que estar a punto en la cocina”<sup>26</sup>.

La única carrera que realizan las fémenninas del universo cuentístico de Josefina Plá es la de magisterio. En el libro *La Piel de la Mujer. Experiencias*<sup>27</sup> una de las entrevistadas confiesa:

“[...] esa era la única carrera que acá podría hacer una chica decente. De casa para el colegio, del colegio para casa, lo único que no se miraba mal”<sup>28</sup>.

Una carrera que se elige como alternativa a la incomunicación. Necesidad de hablar, pero sobre todo necesidad de ser escuchada:

“Siempre pegada a mi mamá, yo no había jugado con chicas ni chicos, no tenía amigas. Y me parecía que si yo podía hacerme escuchar de otros niños como mi mamá se hacía escuchar de mí, sería feliz.”<sup>29</sup>

Esta labor de docente la realiza la mujer mientras está soltera. Una vez que la mujer se casa deja de enseñar para ocuparse de su hogar. Sin embargo, este trabajo la diferencia del resto de sus compañeras, aunque sólo sea por la pura apariencia:

“Dionisia había sido maestra de cuarta categoría, cerca de Barrero, y estaba acostumbrada a cierta comodidad. [...] aquel tapado hacía de Dionisia una mujer aparte en una vecindad en

que ninguna llevaba sino rebozo o a lo sumo un saquito de bombasí.”<sup>30</sup>

### 3. La mujer en la guerra

Especial interés cobra en los cuentos de Josefina Plá el suceso de la guerra de 1865-1870<sup>31</sup>. En el “*Liminar*” a *La muralla robada* confiesa la autora que algunos de sus cuentos formaban parte de una trilogía de la postguerra en la capital<sup>32</sup>. Este es el caso del relato “*Jesús Meninho*”, donde se nos describe la sociedad que puebla el país en esos momentos. Un espacio habitado por mujeres “de recatado porte y vestimentas” que van a la misa en la catedral. Fémias jóvenes y “Ancianas escuálidas asomando su rostro de hoja seca a las rejas; uno que otro sirviente o sirvienta mulato o indio, igualmente demacrado y esquivo. Mujeres del pueblo, de zangoloteantes trenzas; hurañas y hasta agresivas —qué importaba: había otras complacientes”<sup>33</sup>.

Debemos destacar de este período la figura de las “*Residentas*”, mujeres que iban detrás del ejército, resueltas a luchar hasta la muerte. Rosalba Antúnez de Dendia define a la “*Residenta*” como la mujer que “cultivó la tierra marchando sobre los pasos del heroico soldado, siendo su compañera de camino, de sur a norte, hasta el apocalipsis final”<sup>34</sup>.

Josefina nos presenta esta figura histórica de mujer combativa y trabajadora incansable que el Mariscal López arrastró descalza en pos de las carretas:

“[...] vino la orden de seguir al ejército en retirada, no sabían hacia dónde ni por cuánto tiempo. Y allá fueron: aunque ni aun arrancadas de su querido pegujal se resignaban a estar inactivas; y en cuanto la permanencia en el campamento les daba lugar a ello, se ponían a sembrar, hilar, tejer. Y cuando había combates no entendían sino dos palabras: victoria y derrota; y con una u otra, muertos y heridos. Y obraban en consecuencia”<sup>35</sup>.

Después de la guerra, las mujeres crearon un género de sociedad poligámica que permitió rápidamente reponer las pérdidas demográficas. En el relato “*El canasto de Serapio*” Josefina recoge el drama de aquella época arrasada de hombres: Serapio, sordomudo e inválido, es el único hombre que sobrevive:

“Nadie supo cómo, pero sucedió. No necesitaron las mujeres seguramente conversar para ello, ni tampoco confidenciar ni po-

nerse de acuerdo. Por allí anduvo maniobrando un duende que con misteriosa pero unánime brújula las llevó a todas las cuatro a la misma conclusión y decisión.”<sup>36</sup>

Las mujeres se ofrecieron a cuidar a Serapio: lo llevarían a su casa dos o tres noches por semana. Y, así, “Con intervalos diversos, Librada tuvo una hija. Benigna y Catalina sendos varones. Lucía mellizas”<sup>37</sup>. Las criaturas llegaron a seis y luego a nueve.

La población paraguaya en 1870 había pasado de 1.300.000 habitantes a 300.000, la mayoría mujeres y niños. Les queda a estos la obligación de reconstruir el país.

#### 4. La mujer y su relación con “el otro”

La mujer que nos presenta Josefina Plá se caracteriza por manifestar siempre una dependencia psicológica con respecto al *otro*. Esto es lógico reflejo de una sociedad organizada social, económica y culturalmente por el hombre y, además, como ya hemos apuntado anteriormente, porque éste se erige en árbitro del tiempo y del espacio erótico.

En la medida en que el deseo de la maternidad es presentado como el único deseo femenino al que debe aspirar la mujer, ésta se sitúa en una posición de ser para el otro, para el hijo o para el hombre. Nos encontramos ante una mujer que se asume desde la perspectiva del servicio o del sometimiento al varón.

“Perú aparecía algún rato como quien viene a vigilar el trabajo, para eclipsarse enseguida. Su lugar propio era el catre desvencijado bajo los mandarinos, y su ocupación vaciar la botella de caña que le traía algún compí.”<sup>38</sup>

“Nada de lujos de platos o tenedores. El soyo servido en un fuentón, consumido a cuhara-yeré. Las tortillas, piedra libre. Sólo el padre fue servido aparte por la esposa.”<sup>39</sup>

Pero, quizá, donde mejor se aprecia esa relación de amo-sirvienta es en “*El canasto de Serapio*”, Don Luciano y su mujer son descritos de la siguiente manera:

“Varias cuadras atrás, invisibles, avanzaban también, en la bruma del atardecer, la vieja mula con Don Luciano a cuestras y Marta su criada y mujer, a pie.”<sup>40</sup>

“...Marta, saltándosele las lágrimas de rabia, corría a refugiarse en cualquier casa en la cual no podía permanecer mucho porque el viejo usurero, su amo, la estaría esperando furioso y viperino”<sup>41</sup>.

Esta actitud de sometimiento lleva a las mujeres a considerarse como un ser sin valía, así, dirá Rudé:

“...y hay momentos en los cuales la mujer no vale nada. Y menos si no es casada, y si está encinta y el hombre anda medio alzado”<sup>42</sup>.

Una de las características que se nos presenta como específicamente femenina es la de la resignación, ya que la mujer no se debe oponer a los deseos del otro, o los otros. Al respecto dirá Josefina que la mujer paraguaya “rara vez se autoanalizó: el análisis no va más allá de la reacción elemental más o menos retardada: la nostalgia, la tristeza o el sello, como de finiquito, que pone la resignación: “Para eso etamo la mujere”...<sup>43</sup>.

En el relato “*Vaca retá*”, ambientado en la postguerra de 1870, las mujeres trabajan incansablemente sin esperar nada a cambio. Lo único que les queda es resignación y sufrimiento:

“[Paí Conché] ya no se movió más de la vieja hamaca de Ña Sotera, quien, cristiana ella, no se la reclamaba, y aceptó dormir en el suelo. [...] Las mujeres no le contradijeron por supuesto. Veían con aprensión que comía demasiado, pero no querían mezquinarle su festín.”<sup>44</sup>

Una vez que la mujer asume esta posición de sometida al deseo del hombre esta imagen se convertirá en una característica femenina que les llevará a la búsqueda de sometimiento. José Antonio Arias apunta que “buscarán ser sometidas por un hombre que deberá responder, en última instancia, al estereotipo social dominante del hombre duro y autoritario”<sup>45</sup>. Aparece entonces la violencia del dominador. Una violencia que a veces se confunde con el llamado “débito conyugal”:

“Una vez quiso hacerse la guapa y le costó un aborto que la tuvo tres meses en cama y con aquellas curaciones horribles. El accidente además le había dejado en el corazón un vago rencor contra el hombre egoísta al cual no importaba el dolor de la mujer con tal de salirse con su gusto.”<sup>46</sup>

El hombre hace uso de la fuerza convirtiendo a la mujer en un objeto-cosa a utilizar para el goce del placer. Un placer que se alza como Ideal cultural masculino:

“Se acordó de Adelina, la esposa del gringo Markel, a la cual estando encinta de cuatro meses violaron los peones de la estancia y a la cual hallaron muerta varios días después.”<sup>47</sup>

Otra forma de violencia que habita el universo femenino de Josefina Plá es la que resulta del abandono de la mujer por parte del hombre. En este sentido, tratando de buscar una explicación a la pasividad o resignación con que la mujer se enfrenta a este hecho, nos dice Josefina Plá que la mujer “acepta el abandono del compañero más o menos efímero; inclusive de aquel que ha sido su primer amor; y asume con increíble simplicidad su fardo solitario ante el mundo y la vida”<sup>48</sup>.

El hombre como elemento importante de la familia. Es por ello por lo que Ña Diltrudi al hacer recuento de sus familiares recalca la presencia de su yerno:

“...hay que decirlo, porque aunque casi siempre se tienen nietos de una hija, no siempre se tiene un yerno”<sup>49</sup>.

Desde esta perspectiva se concibe a la mujer como el objeto del goce al cual se aspira a ligarse amorosamente lo menos posible:

“Serapio Rojas era el único hijo de Engracia Rojas, resultado del encuentro de ésta con un arribeño, quizá no muy lindo, ni guapo, pero audaz y maravilloso guitarrero; no muy trabajador de día pero activísimo de noche, hasta el punto de ser recordado como viril campeón en los pueblos que había visitado. El idilio duró muy poco. Lo que se precisó para que el romance se diera cuenta de que su éxito con las muchachas de la compañía iba a ser pronto inevitablemente publicitado. Y acometido de repentina modestia, desapareció rumbo a otros pagos.”<sup>50</sup>

A veces el abandono resulta ser un hecho reiterativo al que se enfrentan con resignación y paciencia, hasta los límites en que estas cualidades se confunden con el sufrimiento, seguras de que sus vidas sólo tienen sentido en tanto en cuanto están al servicio del otro. Los hijos, en este caso, son la única prueba de amor que les queda:

“[Asunta] Tiene 28 años y dos hijos, cada uno de un padre. Ninguno de los dos le da un centavo. Uno, al principio se acor-

daba cada Navidad, dice, de pasarle unos guaraníes. Pero cuando de otro hombre tuvo el otro varón, ya no dio un centavo. Para qué voy dar? Para que se coma el otro macho? El padre del segundo pensó lo mismo: para qué voy darle; va comer el otro. Los dos ganan bien.”<sup>51</sup>

El varón, presente en estos cuentos, es un ser auto-mutilado afectivamente. El código social impone a los hombres un modelo Ideal de lo “masculino” que les prohíbe la expresión de los afectos considerados como “femeninos”: el dolor, el temor, la inseguridad, la ternura y el amor.

“[Luigi] había querido a Isabella; pero nada podía romper aquella costra dura de su rostro y hacerle danzar la alegría en las colinas ásperas de sus pómulos.”<sup>52</sup>

##### 5. *La mujer y el código social dominante*

Al ir describiendo, en apartados anteriores, las funciones y relaciones que la mujer establece en la sociedad paraguaya, hemos aludido, implícitamente, al código social dominante. La mujer se construye y se reconoce a partir de los discursos sociales que el código le impone. Esto coloca a la mujer en la posición de ser para el otro, para el hijo o para el hombre. Educada para servir en el hogar, en el trabajo y hasta en la guerra. Es por ello que las mujeres que no se someten a este código social se sitúan, forzosamente, fuera de él.

Este es el caso de las féminas que no cumplen con el requisito de la maternidad, y que se han visto obligadas, por diferentes circunstancias, a ejercer otro tipo de trabajo que el que marca los cánones sociales, aunque también de servicio al otro, como es el caso de la prostitución:

“De tiempo atrás más de un conocido venía diciéndole a Doña Silvina que Marilú no era trigo limpio, que, los sábados especialmente, recibía visitas a horas que estaban fuera del código social habitual, y que posiblemente el perro le ladrara a alguna sombra en exceso corporizada que entraba en el patio a deshoras.”<sup>53</sup>

Como en tantos otros aspectos, la prostitución también se verá marcada por la contienda de 1870, ya que finalizada la guerra se verá aumentada la población de Asunción con la presencia del ejército de ocupación brasileño y argentino. Serán estos últimos los que frecuentan la capital, ya que sólo aquí podían hallar las escasas ocasiones de expansión, recreo, o simplemente convivencia, que pudieran permitirse:

“Dos centros, sin embargo, alumbrados, en la ciudad en sombra, los atraían de preferencia. El teatro, un poco destartado y no muy bien iluminado, donde las francesas de Madame Blanche bailan su can-can; [...] y, un poco más allá del teatro, el otro lugar con la luz difusa de sus humildes farolitos o velas de sebo, en los más insólitos candeleros -una pella de barro, una cáscara de naranja- donde la luz teme a los rostros, pero donde la entrada es libre y se encuentra compañera para las horas sin sueño.”<sup>54</sup>

No siempre la prostituta vende su trabajo a cambio de dinero, cuando la ocasión así lo precisa, la retribución se paga con piezas obtenidas de alguna casa saqueada. Tal es el caso que encontramos en el cuento “*Jesús menino*”, donde la mujer que se nos presenta adquiere tintes de ternura e ingenuidad:

“La mujer se inclinó y alzó el envoltorio: descubrió la figura. Sus dedos oscuros y flacos tantearon trémulos la superficie pulida. El cuerpecito mórbido. La cabeza donde el cabello en graciosa crencha ondulada caía sobre la frente. El niño relumbró en sus manos como un ascua. Los ojos de la mujer se hicieron tiernos. Su cara se iluminó”<sup>55</sup>.

El discurso social dominante propone una mujer que jamás debe manifestar sus deseos, es por esto, que la mujer carece de libertad de elección, son los otros los que eligen por ella. Curioso resulta en este sentido lo que se nos dice en el relato “*Caballo marino*”:

“...pero en la vida hay que tomar todo meclado no puede uno andar ecogiendo como en hace mi hija en el supermercado, que se pasa el tiempo encogiendo y a lo mejor encoge lo peor”<sup>56</sup>.

A raíz de lo expuesto anteriormente podríamos concluir que el mundo femenino recreado por Josefina Plá puede ser considerado como un punto de partida para una historia social de la mujer. Una historia centrada en la mujer paraguaya del pueblo que participó activamente en la construcción y reconstrucción del país, ante, durante y después de la guerra de 1870, sin la cual no hubiera sido posible el levantamiento de la patria. Estos cuentos significan revivir una época de la sociedad donde las cosas eran diferentes, pero en la que la mujer, acaso, sea la misma de hoy, quizá porque los cambios en lo que se refiere a su sexualidad y a su relación con el varón no han sido tan importantes, como puedan serlo en otras esferas de la vida.

Relatos que se configuran a partir de hechos o anécdotas, que hacen, como ya apuntara Francisco Pérez Maricevich, que estemos siempre “frente a una lúcida conciencia configuradora de los elementos y segmentos significativos de la realidad que enfoca”<sup>57</sup>.

Josefina Plá consigue rescatar la piel de la mujer mediante sus cuentos. Una epidermis hecha tiras, sobre todo, durante el período de guerra y postguerra. Si como asegurará Josefina “escribir, crear, es liberar fantasmas que nos pertenecen, por herencia, por tradición, por experiencia”<sup>58</sup>, ella ya ha liberado los suyos, o por lo menos, aquellos con los que le ha tocado en suerte vivir.

NOTAS

1. *La mano en la tierra*, Ed. Alcor, Asunción, 1963.  
*El espejo y el canasto*, Ediciones Napa, Asunción, 1980.  
*La pierna de Severina*, Editora Litocolor, Asunción, 1982.  
*La muralla robada*, Biblioteca de Estudios Paraguayos, Universidad católica, Asunción, 1989.
2. Plá, Josefina, "Acotaciones temporales" en *La pierna de Severina*, ed. El Lector, Asunción, 1983, pág. 5.
3. Plá, Josefina, *Obra y Aporte Femeninos en la Literatura Nacional*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Paraguay, 1976, pág. 19.
4. Pérez Maricevich, Francisco, "Prólogo: La narrativa paraguaya de 1940 a la fecha" en *Crónicas del Paraguay*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969, pág. 12.
5. Bordoli Dolci, Ramón, *Literatura Paraguaya 1900-1950*, Ediciones de La Casa del estudiante, Montevideo, 1988, pág. 48.
6. "Jamón cocido" en *La Muralla Robada*, *op. cit.*, pág. 111.
7. "Jamón Cocido" en *op. cit.*, pág. 113.
8. "El Nombre de María" en *op. cit.*, pág. 131.
9. Corvalán, Graziella, "Presentación" a *En la Piel de la Mujer. Experiencias*, Grupo de Estudios de la Mujer Paraguaya, Asunción, 1987, pág. 11.
10. El argumento de este cuento pertenece a la novela de Josefina Plá y Angel Pérez Pardella, *Alguien Muere en San Onofre de Cuarumí*, Ed. Zenda, Asunción, 1984.
11. "El Canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 98.
12. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 96.
13. "Mandiyú" en *op. cit.*, pág. 54.
14. Arias, José Antonio, "La sexualidad femenina en el Paraguay o el deseo sometido" en *Entre el Silencio y la Voz. Mujeres: Actoras y Autoras de una sociedad en cambio*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción, 1989, pág. 252.
15. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 96.
16. "Tortillas de Harina" en *op. cit.*, pág. 81-82.
17. "Mascaritas" en *op. cit.*, pág. 79.
18. "El caballo marino" en *op. cit.*, pág. 127.
19. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 96.

20. Barrett, Rafael, "Hogares Heridos" en *El Dolor Paraguayo. Obras Completas*, vol. I, RP Ediciones, Asunción, 1988, págs. 89-90.
21. "Mandiyú" en *op. cit.*, pág. 53.
22. "Vaca Retá" en *op. cit.*, pág. 88.
23. "Vaca Retá" en *op. cit.*, pág. 90.
24. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 97.
25. "Jamón cocido" en *op. cit.*, pág. 111.
26. "El nombre de María" en *op. cit.*, pág. 132.
27. *Op. cit.* que recoge entrevistas de mujeres paraguayas de distinta clase y condición. Y nada hay en ella de intervención narrativa.
28. *Op. cit.*, pág. 24.
29. *Op. cit.*, pág. 25.
30. "Mascaritas" en *op. cit.*, pág. 73.
31. La guerra de 1870 fue un conflicto que enfrentó al ejército paraguayo con las fuerzas de la Triple Alianza, compuesta por Argentina, Brasil y Uruguay (1865-1870). Las consecuencias de esta guerra fueron desastrosas para Paraguay, su población quedó reducida a menos de un tercio y compuesta por un 90% de mujeres.
32. *Op. cit.*, pág. 5.
33. "Jesús Meninho" en *op. cit.*, pág. 66.
34. Antúnez de Dendia, Rosalba, "Imagen del ser femenino paraguayo en la literatura nacional, oral y escrita" en *Entre el silencio y la voz...*, *op. cit.*, pág. 334.
35. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 97.
36. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 100.
37. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 101.
38. "Mandiyú" en *op. cit.*, pág. 53.
39. "Tortillas de Harina" en *op. cit.*, pág. 83.
40. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 95.
41. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 103.
42. "Mandiyú" en *op. cit.*, pág. 54.
43. Plá, Josefina, "Unas palabras Previas" en *La piel de la mujer. Experiencias*, *op. cit.*, pág. 16.
44. "Vaca retá" en *op. cit.*, pág. 94.
45. Arias, José Antonio, "La sexualidad femenina en el Paraguay o el deseo sometido" en *op. cit.*, pág. 251.
46. "Mandiyú" en *op. cit.*, pág. 54.
47. "Mascaritas" en *op. cit.*, pág. 76.
48. Plá, Josefina, *Algunas mujeres de la conquista*, Asociación de la Mujer Española, Asunción, 1985, pág. 72.
49. "Tortillas de harina" en *op. cit.*, pág. 82.
50. "El canasto de Serapio" en *op. cit.*, pág. 96.
51. "Jamón cocido" en *op. cit.*, pág. 111.
52. "El perro" en *op. cit.*, pág. 137.
53. "El grito de la sangre" en *op. cit.*, págs. 116-117.
54. "Jesús Meninho" en *op. cit.*, pág. 67.
55. "Jesús Meninho" en *op. cit.*, pág. 71.
56. "El caballo marino" en *op. cit.*, pág. 127.
57. Pérez Maricevich, Francisco, "Comentario" a *El espejo y el canasto*, *op. cit.*, pág. 7.
58. Plá, Josefina, "El boom literario femenino" en *Ultima Hora, Correo Semanal*, Asunción, 25-03-88, pág. 15.